

EDITORIAL

Inauguramos la década de los veinte en el siglo XXI recordando los mal llamados "felices veinte" de la anterior centuria. Hace cien años reinaba en España Alfonso XIII, bisabuelo de nuestro rey actual, Felipe VI. En 1920 hubo en España elecciones generales en las que solo votaban los varones. Triunfaron los conservadores y en Barcelona se llevaron a cabo represiones sangrientas mientras al otro lado del Estrecho proseguía la guerra del Rif.

Mucho han cambiado las cosas, pero los tiempos siguen siendo difíciles. Estamos inmersos en una pandemia y sobre todo en una crisis sin precedentes (económica, política, moral). Hay tanto de qué hablar, que este Editorial podría ser interminable. No obstante, recientes noticias y polémicas nos obligan a centrarnos en una única cuestión: nuestra lengua española, herramienta fundamental para la comunicación y el pensamiento.

El Cantarano, desde su modestia de recién llegado al mundo digital, quiere posicionarse, como ya lo han hecho formalmente políticos y personajes públicos de variadas tendencias, a favor del español o castellano, que consideramos la lengua de todos los españoles, latinos e hispanos; y como tal, un bien cultural, humano, social y económico que nuestra legislación debería defender y proteger sin complejos, en lugar de limitar y cuestionar su uso y su enseñanza. Compartimos el principio de que todos los españoles tienen el deber de conocer y el derecho de usar la lengua española, tal como señala la Constitución del 78. El español debería ser lengua vehicular en la enseñanza, la administración, el comercio y la cultura en cualquier territorio del estado español, lo mismo que lo son las lenguas colindantes en sus países correspondientes (el francés, el portugués, el inglés, el italiano, el árabe...). En el caso del español, sin perjuicio de que su uso se alterne con el



Foto: La editora de *El Cantarano* en el Aula de Español de la Escuela Europea de Luxemburgo. La Ñ es seña de identidad de la lengua española, una de las más demandadas por los estudiantes.

de otras lenguas que tendrían los mismos derechos en sus respectivas comunidades autónomas. Derechos que deberían sumarse y armonizarse, nunca entrar en conflicto.

Así pues, *El Cantarano* apoya el uso, disfrute y esplendor de todas las lenguas habladas en España y en el mundo. Tenemos una sección en valenciano y estamos dispuestos a ofrecer secciones en otras lenguas de España. Atacar y minusvalorar una lengua es rechazable, sea cual sea esa lengua y sea cual sea la circunstancia: lo era en la posguerra, cuando las entonces llamadas "lenguas vernáculas" estaban proscritas fuera del ámbito doméstico, y lo es hoy en día, cuando, de forma similar a como se hizo en la dictadura, en ciertas zonas de España se prohíbe la lengua española y se castiga a sus usuarios.

No cabe decir de una lengua que es "invasora". En todo caso, lo serían sus hablantes. En América, se han conservado hasta la actualidad algunas lenguas indígenas porque el castellano supo convivir con ellas. Tampoco cabe decir, cuando dos lenguas coexisten en un territorio, que solo una de ellas es la "lengua propia". Hay que considerar que en ese territorio conviven hablantes de dos lenguas distintas, incluyendo emigrantes de otros puntos de España, estudiantes extranjeros, turistas, extranjeros legalmente censados y otros colectivos cuyos derechos ni se mencionan. La expresión "lengua propia" es excluyente, porque implica que la otra lengua, el español en este caso, sería una "lengua ajena" o una "lengua impropia". Esto constituye una diglosia total en contra de los castellano hablantes. Inaceptable desde cualquier punto de vista: legal, histórico, económico, moral.

Afortunadamente, la batalla contra el español solo se libra en espacios locales y regionales; pues en el mapa mundial, esa es una batalla perdida. Mientras en algunas comunidades autónomas de España se avanza hacia una progresiva desaparición e invisibilidad del castellano (ya no "español", palabra tabú para muchos), en el resto del planeta el español crece y avanza como una lengua internacional imparable, joven y potente: en organismos internacionales, en finanzas, en ocio y cultura, en Internet.

Va a ser muy difícil borrar el peso de una grandiosa lengua civilizadora en la que han escrito gallegos como Valle Inclán y Emilia Pardo Bazán, vascos como Unamuno y Baroja, catalanes como Vázquez Montalbán, Eduardo Mendoza, Montserrat Roig y el bilingüe Joan Manuel Serrat, entre muchos y muchas más. Una lengua en la que se han expresado los más altos conceptos sobre la libertad, el amor,

la muerte, la justicia. Una lengua que ha unido a escritores separados por un océano. De aquella parte: Borges, Cortázar, Neruda, Mistral, Vargas Llosa, Cardenal, Benedetti, Onetti, Ibarbourou... De esta parte: Cela, Delibes, Juan Ramón Jiménez, los Machado... Sin olvidar los grandes nombres áureos: Lope, Tirso, Calderón, Quevedo, Góngora...

En español se han imaginado y redactado obras que constituyen un bien inmaterial de la humanidad sobre el que impartimos clases hace décadas: la literatura universal. Libros que son ya un tesoro de dominio público y que enriquecen el acervo de lo mejor que ha producido el espíritu humano. En aquellos centros escolares en los que se reduce el conocimiento del español y se penaliza su uso, se dificulta grandemente la sagrada misión igualatoria y de ascenso social que desde siempre ha tenido la enseñanza. Esta nueva situación es un retroceso histórico que hace aún más desiguales a los españoles y reduce sus derechos (en este caso, a la educación) en función del territorio. Se ahondan las diferencias socioeconómicas: los ricos seguirán educando a sus hijos en español... y en las lenguas que escojan; los pobres se conformarán con la ahora llamada "lengua propia".

El lingüista Coseriu ya señalaba ese problema hace años en Estados Unidos, donde hubo iniciativas falsamente progresistas que proponían enseñar a las minorías en sus dialectos en lugar de usar el inglés normativo, lo cual redundaría en dificultar su inserción y jibarizar su futuro sociolaboral. Afortunadamente, nuestros niños y jóvenes no solo se educan en aquellos pobres centros regidos por normativas sonrojantes: viven y se educan en el mundo. Y en el mundo (en las redes sociales, en la calle, en la música...) se habla español.